GUILLERMO DIAZ-PLAJA
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

AMERICA VIBRA EN MI

EDICIONES CULTURA HISPANICA
MADRID

DIBUJOS: CESAR OLMOS

AMERICA VIBRA EN MI

GUILLERMO DIAZ-PLAJA
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

AMERICA VIBRA EN MI

EDICIONES CULTURA HISPANICA
MADRID 1969

COLECCION

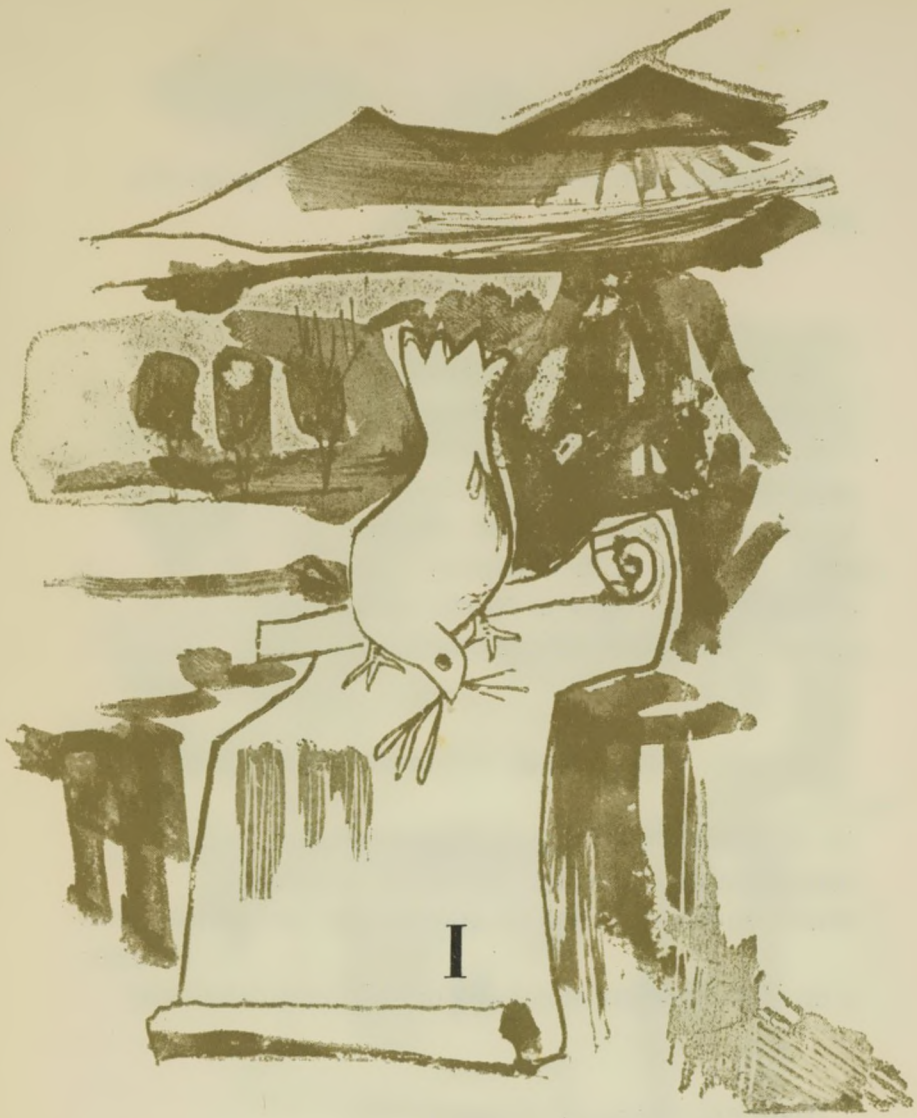
45

© EDICIONES CULTURA HISPANICA
Av. de los Reyes Católicos (Ciudad Universitaria)

Depósito legal: M. 24.687-1968

Industrias Gráficas Magerit. S. A. - Madrid-20

Poema finalista en el concurso de la comunidad latinoamericana de escritores, con motivo de los Juegos Olímpicos de México.



PEREGRINÓ mi ser al vasto mundo,
donde el sonoro castellano vibra,
con retorno incesante, necesario
para medir la estela del prodigio.

He pisado, con pie ligero, su inmortal geografía
para poder decir:

«lo he visto, es cierto».

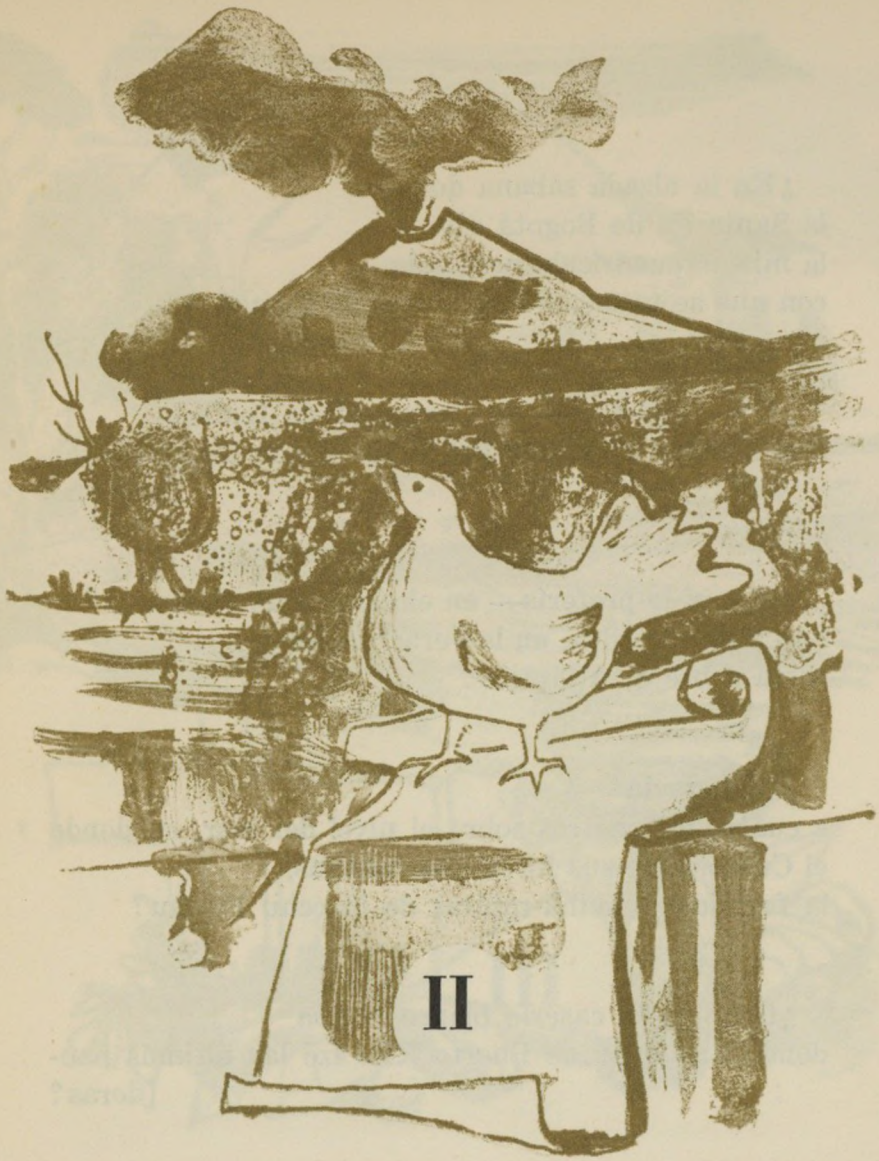
De Monterrey que jinetea al Norte,
avizorando el más allá distinto,
a Chile que navega hacia el Gran Austro,
pájaros de aluminio, velocísimos,
han llevado mi espíritu en acecho
sobre las alas de la mariposa
que se abre al Sur y al Norte, cimbreante
cintura donde las cálidas maracas suenan.

He oído, venturoso de mí, la dulcificación de la pa-
[labra
en el sabroso decir de la lengua criolla,
resonante de voces del castellano antiguo,
donde suena el «Dios le guarde» de las gentes cris-
[tianas;
y he visto galopar el caballo de los Conquistadores.

Todo era cierto. La epopeya vivía
y su rastro está hecho de cien manos fraternas.

Mil luminosos paisajes construyen mi memoria.

Imágenes y sombras se agolpan en tumulto.



II

DEJADME que recuerde. ¿Fue en la melancólica
horizontal perfecta de la Pampa
donde el clemente ombú crea el silencio?

¿En la alzada sabana donde
la Santa Fe de Bogotá dibuja
la misma cuadrícula ordenada
con que se trazaban los castros de Roma?

¿O —si queréis— en Cartagena de Indias,
a la sombra de patios gaditanos donde las guitarras
[sueñan?

¿O —si lo preferís— en el camino de México a
San Juan de Ulúa, en la veracruzana
costa sobre el Atlántico?

¿O, todavía
a cuatro mil metros sobre el nivel del mar, en donde
el Cuzco erige sus fortalezas incaicas,
la formidable ruina militar de Macchu Picchu?

¿O en aquel caserío blanco y rosa
donde San Juan de Puerto Rico izó las últimas ban-
[deras?

¿O aquella cristalina reliquia estupefacta
de Guatemala antigua
a la que rinde los honores de Ordenanza
la humareda plural de sus volcanes?

III

ME acuerdo ahora, también, del Valle de Tafí
por donde la República Argentina
se encarama hacia el altiplano medroso
cuando imaginé ver llegar, fantasmales,

las primeras tropillas de jinetes extenuados;

o de aquella sobria y militar soberbia
que en Asunción de Paraguay custodia
las tumbas de sus cadetes acribillados;

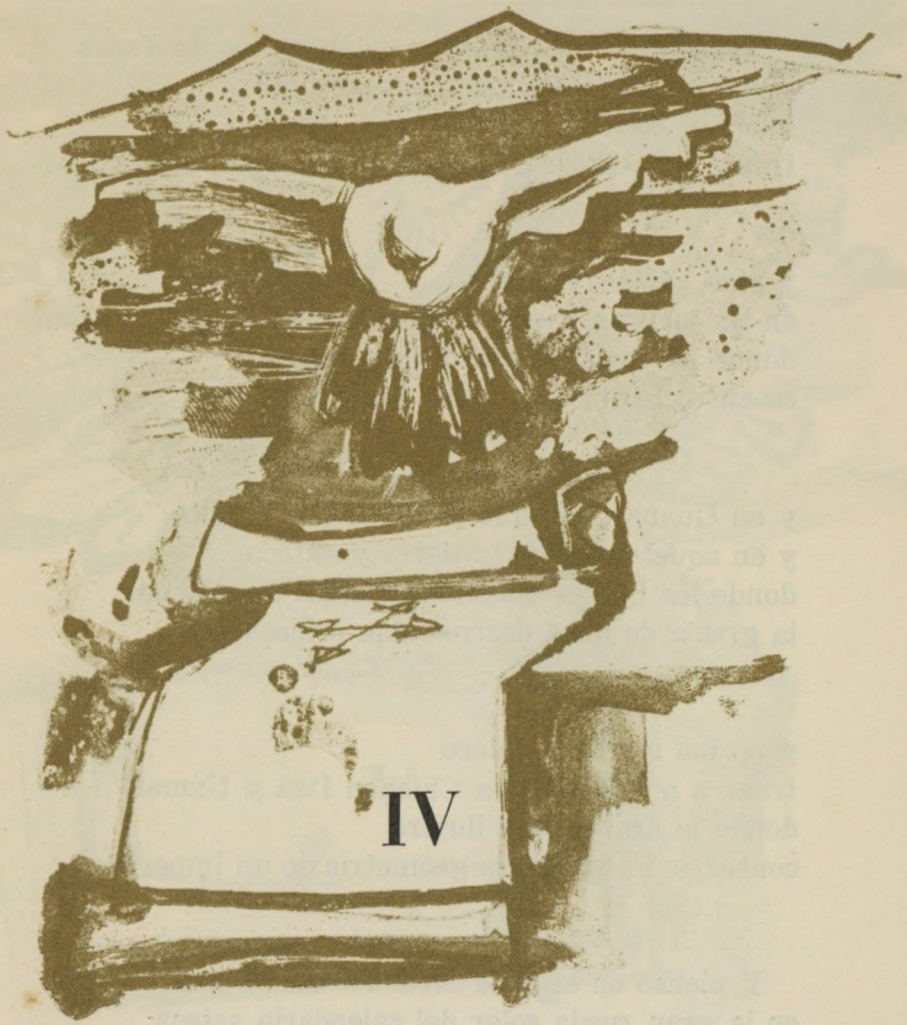
o de la Isla Margarita, en la ribera
del mar venezolano
donde yerra la sombra del tirano Aguirre;

o aquella playa cálida y dulcísima
en la que Santo Domingo reclina su siesta del Trópico.

Pienso también en la celeste Cuba
sonrisa en flor suavísima de azúcar
donde la poesía es una vertical palabra;

me acerco con el alma
al sepulcro blanco de Rubén Darío,
allá en León de Nicaragua,
donde muchachas cándidas recitan sus poemas;

vuelvo hacia atrás, sobre Montevideo
donde un cerro armonioso da su sombra augusta
a una civilidad sonriente...



Y pido paz para ordenar mi ruta
al norte, al sur, al este y al oeste.

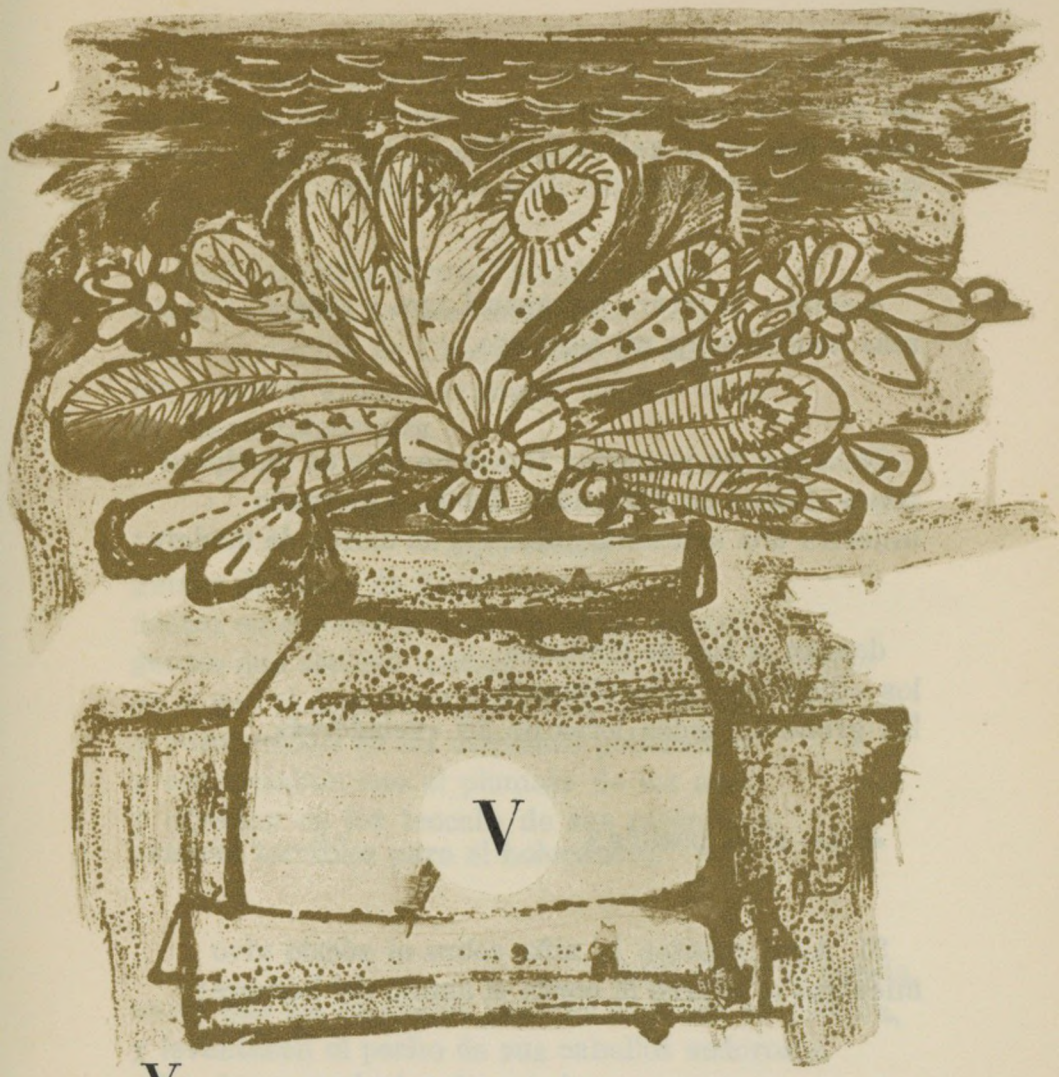
Trepo hacia el Norte, hacia el camino de Taxco
que suena a crótalos de plata antigua;
hacia el Zócalo abejeante
frente a la catedral barroca de la ciudad de México;

y pido «más», y pienso
en las torres gemelas de Puebla, en el altar coruscante
donde las cresterías churriguerescas
se entrecruzan con indias filigranas;

y en Guanajuato, que se inventa a Toledo;
y en aquel nopal de la tierra yucateca
donde los hipiles blancos dan a las muchachas
la gracia de unas destronadas princesas;

y no me basta, y quiero
traer a mi memoria a Chichen Itzá y Uxmal,
donde la arqueología ilustre
conserva, impávida, la geometría de un Imperio.

Y pienso en el maíz fecundo
en la gran rueda solar del calendario azteca,
en los recios bastiones en donde Moctezuma alzó su
[lábaro.



V

Y digo «no es posible», «no puede
surgir tanta hermosura». Y ella,
la tierra inagotable, sigue escanciando formas y co-
[lores.

Ahora estoy en Acapulco, sobre
las grandes olas del Pacífico
donde llegaba el galeón filipino
que traía perfumes del Asia remotísima;

y salto a la ribera del gran Lago, y pido
más alegría para mi recuerdo.

Navegan las pequeñas falúas de alas de mariposa
sobre el agua de Pátzcuaro, donde el mercado
muestra una artesanía ancestral de dioses de madera;

danzan al son de címbalos
los «diablitos» caracoleantes, y
las grandes ruedas locas de los «voladores».

«Más, si es posible.»

Sí. Aquí zapatea la niña sobre el zócalo vivo
mientras el charro le borda el asedio del hombre;

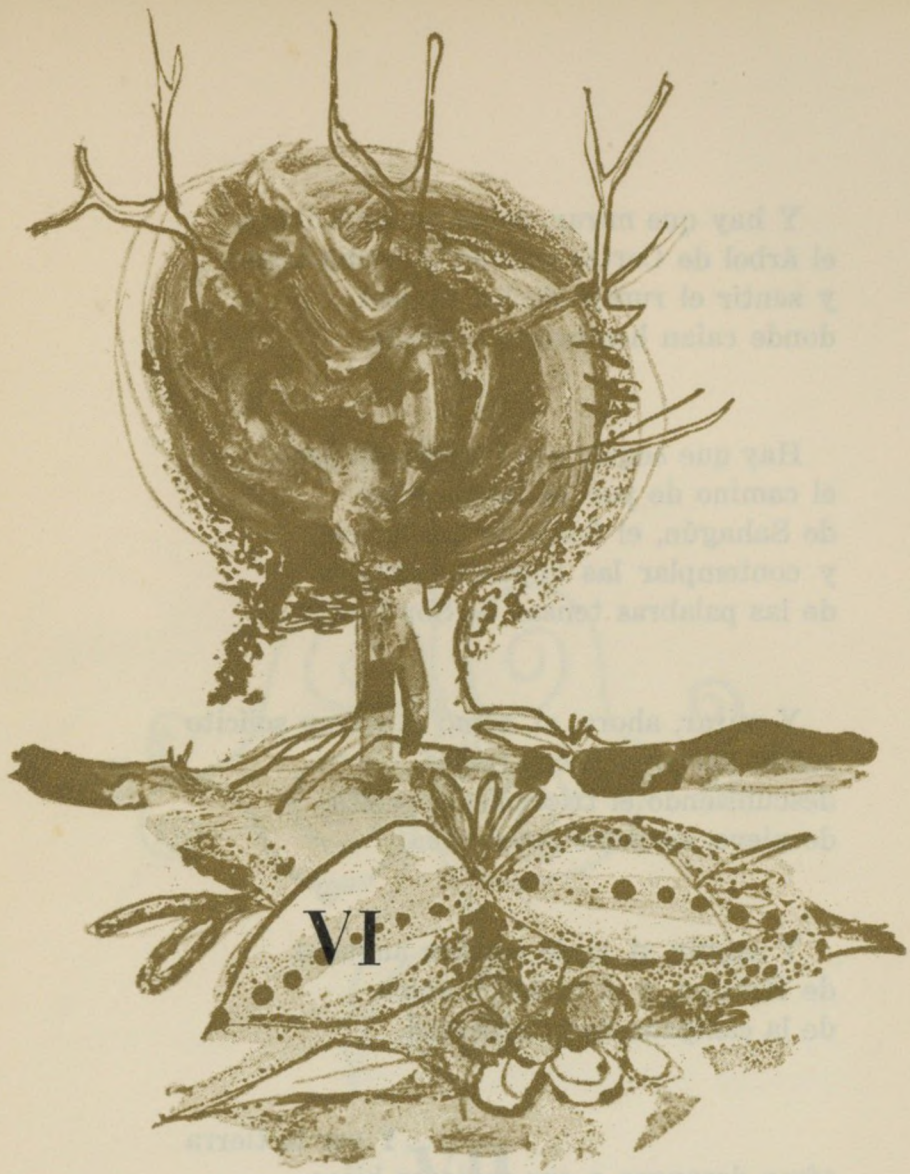
aquí cabalga y muestra sus pistolas de plata
en el mitote revolucionario
el capitán de la tropilla humilde
que rige el pensamiento de Juárez y Madero.

Aquí suena, meliflua,
la canción del mariachi, en la mañanita
fresca y dulce del amor joven.

Aquí concierta el más extraño pájaro
desde la gracia criolla amanecida
sobre el castillo de Chapultepec, en donde
los grandes árboles protegen ruinas vivas
de dioses inmortales.

Aquí vivían
gentes de cobre de linaje ilustre
doctos en conocer el número de los astros;
gentes que sentían nostalgia de un paraíso perdido
en el que el dios del Agua abría sus fauces increíbles;
y rumoreaban en los mercados polícromos
y comerciaban con el plumaje de las aves
y ofrecían en los teocalis de sus pirámides
sangres terribles para el holocausto.

Aquí cantó la poesía,
antes que las carabelas hicieran explotar su pólvora,
y levantasen el pecho de sus caballos sudorosos
sobre los estandartes derrotados.



VI

HAY que subir, desde la costa suave
al firmamento de cristal impávido
de Anahuac, donde triunfa
la proverbial grandeza mexicana.

Y hay que mirar, sobre su lontananza,
el árbol de Cortés cuando la noche triste,
y sentir el rumor de los canales
donde caían hombres a cuchillo,

Hay que seguir con respetuoso paso,
el camino de paz de Bernardino
de Sahagún, el fraile de los indios,
y contemplar las cúpulas barrocas
de las palabras tensas de Sor Juana.

Y mirar, ahora, sí, cómo el virrey solícito
recibe las premáticas reales,
descubriendo el tricornio la peluca
de nieve, en noble reverencia.

Y seguir, sí, sí, la sombra augusta
de Hidalgo, y el tañido heroico
de la campana de la Libertad.

Y ver la tierra
cómo desangra a sus mejores hijos,
para crearse libre.

Y todavía
sentir que sus palabras son las nuestras.

VII

MAPAS, mapas antiguos; azules
geografías dibujadas
de peces y de pájaros exóticos;
orografías en las que se enciende

la llameante luz de los volcanes;
viejos navíos que al batir sus flámulas
ponen espanto en la piratería.

Surgen Cipangos imposibles
donde el Gran Kan levanta sus palacios
en la imaginación de Marco Polo.

Navegaremos por tu sueño antiguo:

Las perlas de Cubagua arden de fiebre,
y los fantasmas de los Eldorados
cabalgan en la noche del recuerdo.

En los bastiones últimos,
deshilachados estandartes gimen. Suena
una honda inmortal trompetería,
y hay un mensaje de campanas roncas
sobre los horizontes desflecados.

Aquí fue la Esperanza.

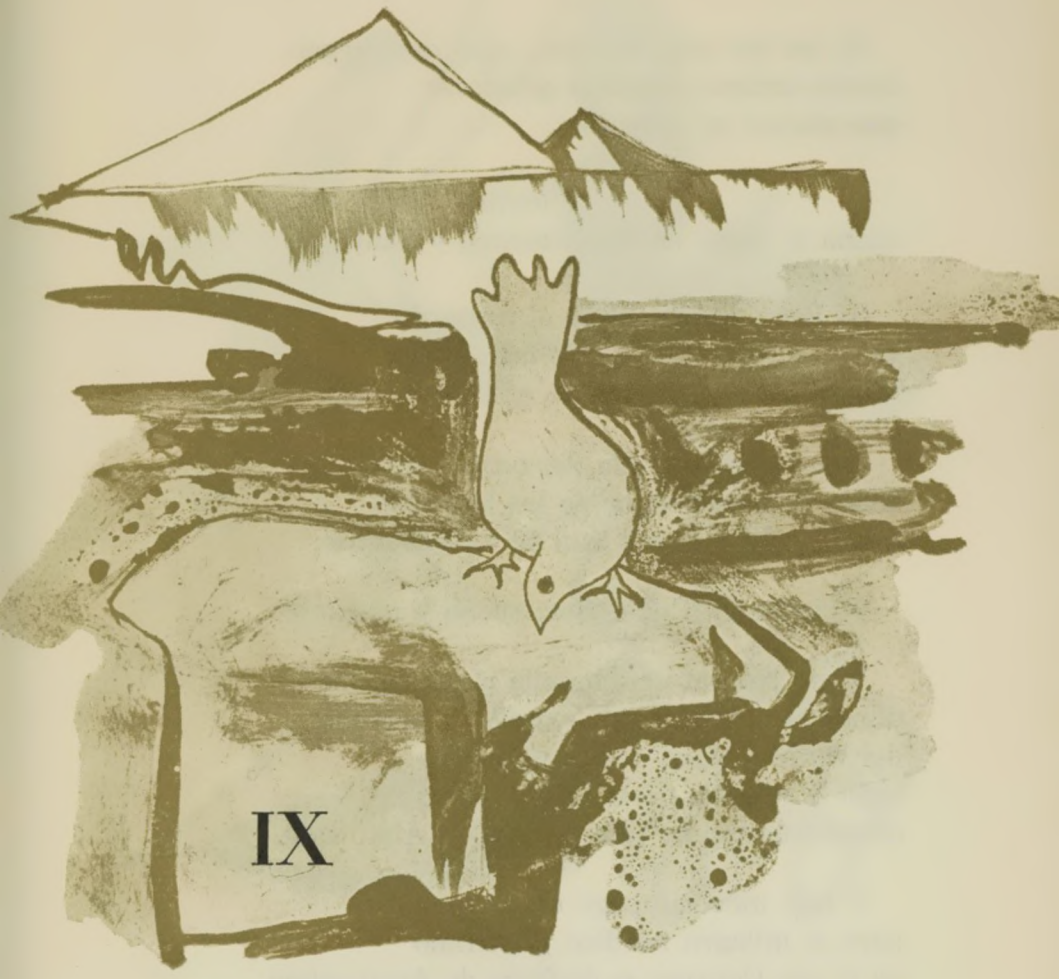
VIII

AQUI veló su insomnio
el Genovés, buscando una pequeña
luz, en la noche perfumada;
la suspirada confirmación que abría

el paraíso cierto y redivivo,
donde cantaban almas inocentes
amigas del amor y de los pájaros.

Aquí llegó, por vez primera,
la racha del perfume venteado
de la canela en flor, sobre las olas;
aquí surgió, bajo la luz del trópico
bella, como Sevilla en primavera,
la milagrosa floración de islas.

Aquí el perfil de América
nació como una diosa nacarada.



MI corazón vuelve a pensar en Cuba.
Un ritmo de sonrisas habaneras
me balancea el corazón de nuevo.

Sí, yo me acuerdo bien, aquí me surgen
manos amigas, músicas graciosas
que acunan mi ser-niño;

lento y dulce
suena el «son» en Guantánamo y Santiago.

Se llena de luz cálida el recuerdo
del cromo tropical donde las palmas
lanzan su vegetal cohete empenachado;

oigo el rumor feliz del barrio antiguo
sobre el hondo sopor de las hamacas
que inunda el humo azul de los vegueros;

y pienso en Cuba, flor, sueño y machete.

Y me recuesto en aquella playa suavísima
donde Santo Domingo exhala su perfume,
del verde intenso de sus praderíos
bajo la sombra de la Iglesia antigua
donde duerme su paz, por fin, el Almirante.

Y hay un relámpago de mi memoria
para el milagro nórdico y extraño
en el que Curazao se disfraza de Amsterdam
y se expresa en mezclado papeamiento:

para el girón verdeazul de las Bahamas
salpicado de las guerreras rojas
de los rubios soldados de Inglaterra.

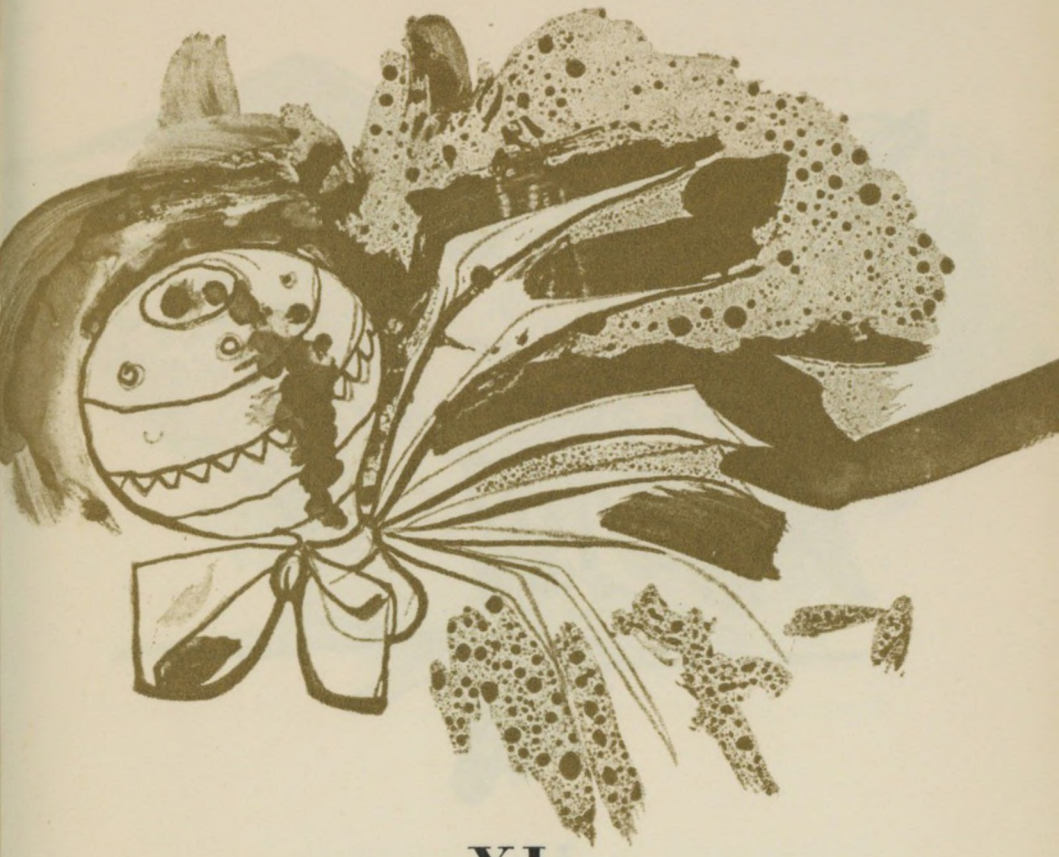
X

DEJADME proseguir.

Esa cintura
cimbreante el Istmo
me está llamando a su regazo;

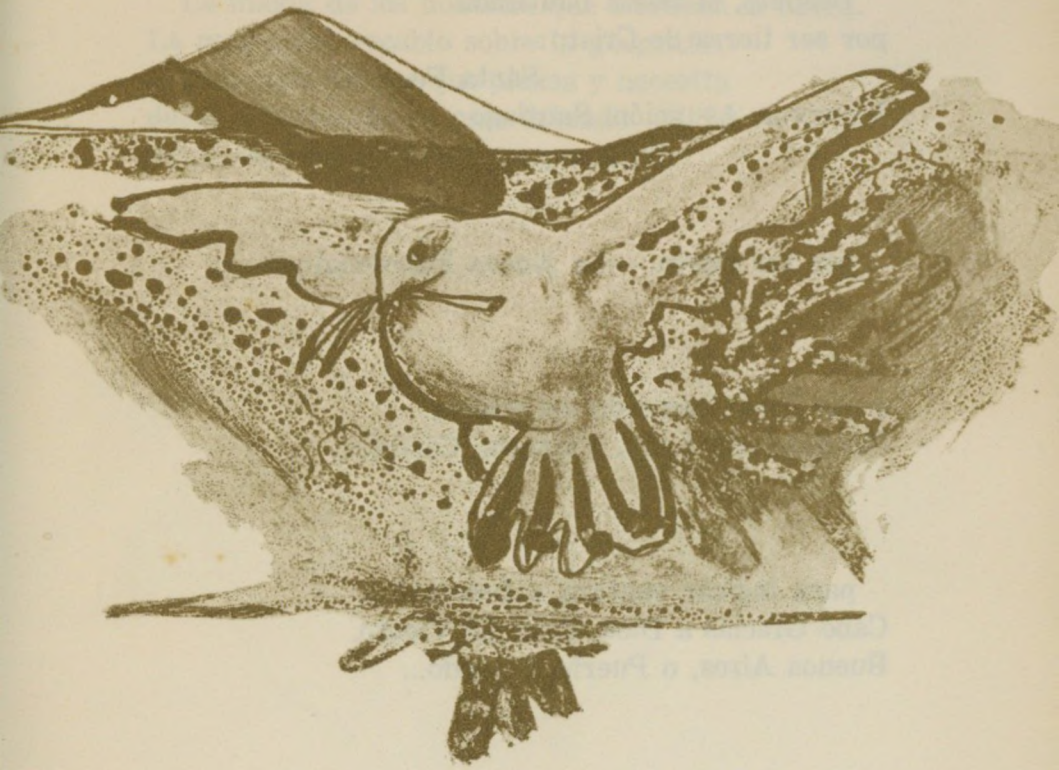
la terracota en flor de Guatemala
el encendido sol nicaragüense
la dulzura feliz de Costa Rica,

la prieta morenez salvadoreña,
la encabritada dimensión de Honduras,
el tamborito repiqueteante
de Panamá, bajo la palma altiva.



XI

AHORA es el ébano viviente
el dolor transportado, convertido
en alegría de bongó y maraca;
la sudorosa gracia, el ritmo cálido
que riza las riberas del Caribe,
balanceando nombres españoles.



XII

La magia de los nombres.
Primero
los augustos nombres ancestrales,
Quetzaltenango. Tenotichlán, Iquique,
que suenan a vasijas de oxidado bronce.

Después, la tierra bautizada
por ser tierra de Cristo:
Santa Fe,
Veracruz, Asunción, Santiago;

por ser nueva —La Nueva Extremadura—;

o por llevar recuerdo del origen,
Guadalajara, León, Valencia, Córdoba;

para indicar ventura o desventura
Cabo Gracias a Dios, Paso del Viento,
Buenos Aires, o Puerto Deseado...

¡Cómo suenan los mapas en sus nombres!

Jauja de oro, y Potosí de plata,
Sotavento, Jujuy, Quito, Mendoza,
Bahía Blanca, Torreón, Honduras,
California, Maypú, Valparaíso,
Guayaquil, Cajamarca, Chimborazo.

La magia de los nombres que bautizan la tierra.
La magia del vocablo sobre la geografía
la presencia del ser que piensa y necesita
dejar el rastro de su paso tatuado
letras de fuego sobre el mapamundi.

XIII

DEJADME proseguir.
En Maracaibo,
sobre la Tierra Firme, Venezuela,
me alarga su pañuelo jadeante
del vaho del petróleo;
la remontada Mérida,
fiel altivez inserta en serranía;

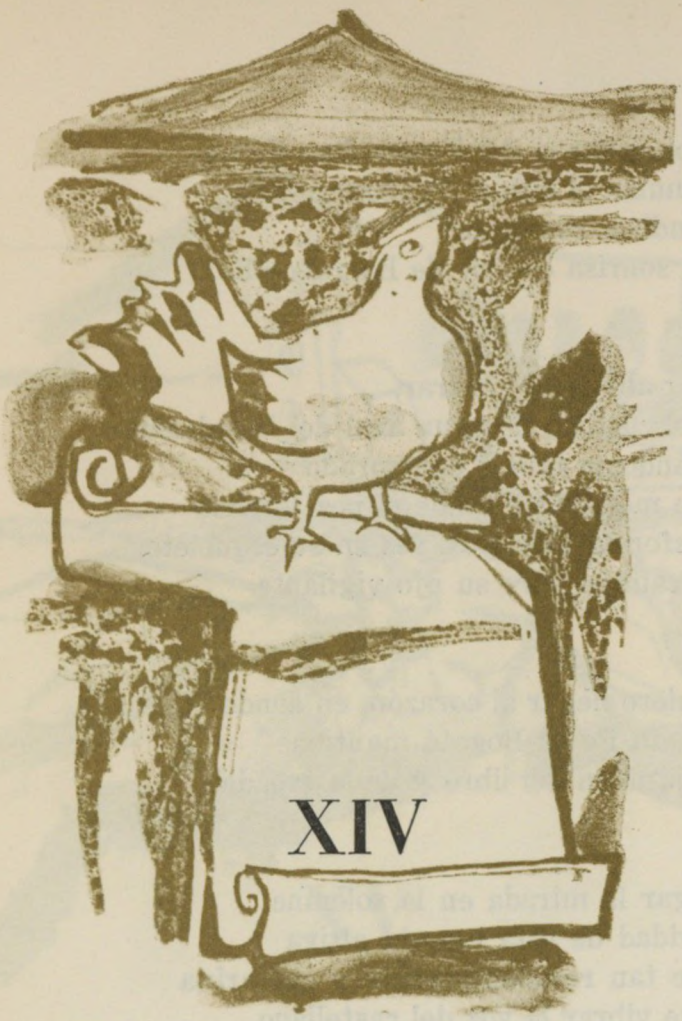
la dulzura del valle del Aragua;

la sabana inmortal de los llaneros
erizados de lanzas coloradas;

el caminante mar del Orinoco,
grande como la espada de Bolívar;

y la suave expresión de primavera,
en que se asienta, vertical, Caracas.

(Hay un fondo de selva impenetrable
en donde motilones y guajiros
sufren de su parálisis de historia
y envenenan las puntas de sus flechas.)



QUIERO seguir la costa, hacia Occidente.

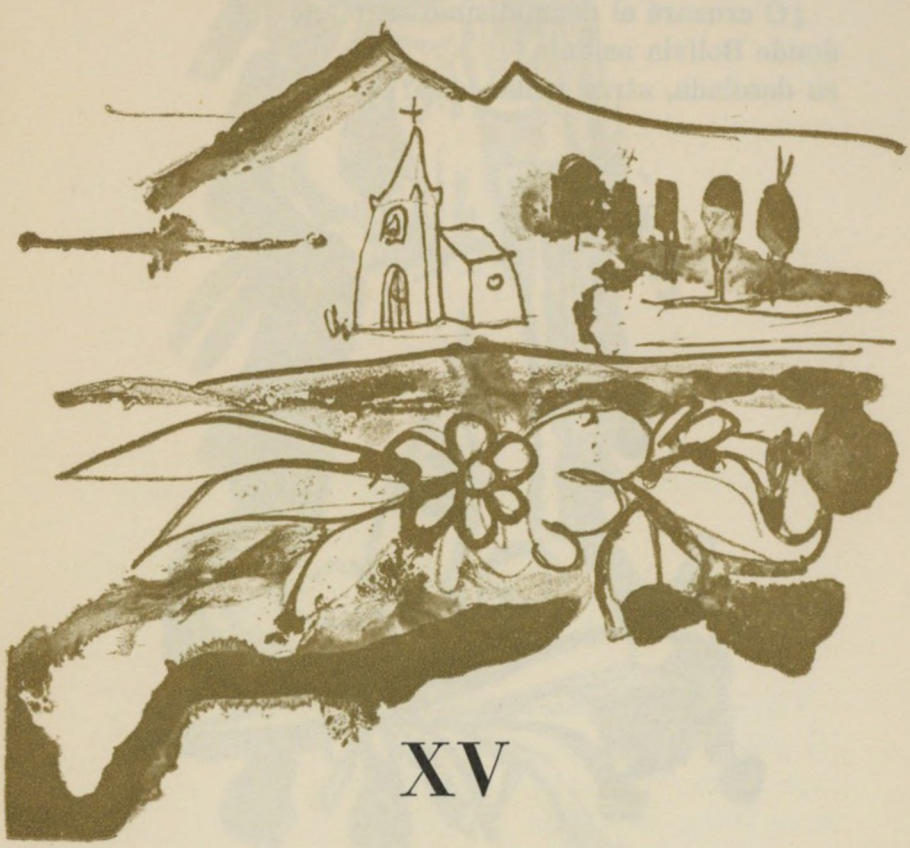
¿No habéis visto
el Magdalena abrir como una mano
su caudalosa voluntad de río?

Los cañones del Fuerte San Felipe
no anulan el dulzor de Cartagena
de Indias, rumorosa;
ni la sonrisa en flor de Barranquilla.

Por ahí quiero entrar,
por el cuchillo de agua azul del Magdalena
filtrándome feliz y enamorado
entre manglares donde el pez terrible
transforma una gran res en su esqueleto,
y el caimán abre su ojo vigilante.

Quiero llegar al corazón, en donde
la Santa Fe de Bogotá mantiene
la comunión del libro y de la espada.

Sosegar la mirada en la solemne
severidad de esta meseta altiva
donde tan resonantemente y cantarina
se oye vibrar la voz del castellano.



XV

PERO no puedo detenerme; ya
no puedo detenerme. ¿Ascenderé hasta
Quito, a su Ecuador alpino, donde
el aire es de cristal, sonando
las campanitas de sus mil iglesias?

¿O cruzaré el desnudísimo altiplano
donde Bolivia asienta
su desolada, atroz melancolía?

XVI

PERO una gracia virreinal me llama.
—Dios te salve, Perú.

Los miradores
de tus balcones de madera antigua
quieren verme pasar.

Ya estoy. Sonríe
para mí, Lima, del Puente a la Alameda,
donde la Perricholi canta, y Olavide
sueña mundos mejores.

Dame, de nuevo,
esa risa de luz de Miraflores;

la mano abierta de tu Mar Pacífico
sobre las fortalezas de El Callao;

la hermosura silente de Arequipa;

la sosegada plenitud de El Cuzco,
encastillada en voluntad de altura.

Dejadme recorrer, ahora, nuevamente,
los palacios incaicos derribados
para sostén de iglesias y castillos
en la Plaza de Armas silenciosas
donde la indiada sufre, ríe y reza.
Volveré a Macchu Picchu,
siguiendo el Urubamba que se enhebra
en la tremenda fortaleza andina.
Veré, sobre la plaza, el fuerte símbolo
del cóndor que aletea sobre un toro;

la displicente marcha de las llamas;

el pastor que adormece su miseria
con la voz de la quena, y un poquito

de coca que distrae
del hambre, y de la muerte de sus dioses.

Me acercaré de nuevo al alto lago
estupefacto del cristal del cielo;

al mercadillo popular, en donde,
las cerámicas ancestrales
repiten sus colores violentos;
y ese altarcillo polícromo
de muñecos de barro que refleja
paraísos de niños y pastores.

XVII

Y seguiré adelante. Hacia los sures
donde el aire es clemente,
sobrevolando el incenciado trópico
donde Brasil extiende
su alfombra inmensa de color y música.

Ya estoy aquí, sobre la Pampa atónita
de soledad, donde la vida tiene
palpitación de trote de caballos,
multiplicación genesíaca
de reses, y esa guitarra triste
en que se mecen las ausencias largas.

Sí, Buenos Aires. Tú, también, me esperas.
Recorreré, con mis amigos, las queridas
calles de Centenera y Tabaré;

me acercaré hasta el Bosque de Palermo
que recuerda a París;
y a esa lisura
leonada e inmóvil del gran Río;
y al barco que hace la carrera
nocturna, hasta Montevideo;

y a la Boca, que suena,
a acordeón desvencijado y triste;

visitaré las viejas librerías
de la calle Corrientes;
y los cafés insomnes.

No me olvido.

Ni tampoco de ti, Córdoba alpina,
de gravedad togada, y habla lenta;

ni de ti, Tucumán,
agreste nido en valle y serranía;

ni de Rosario, fiel a su ribera,
fluvial;
ni de Mendoza,
blanca y sonriente junto al Ande.

Yo no os puedo olvidar, y es necesario
un melancólico decir de tango
para fijar en mí vuestro recuerdo.

XVIII

Y ahora, al final, tras de la sierra andina,
la sonriente plenitud de Chile:
la graciosa dicción, casi andaluza;

la vivacísima flor de sus mujeres;

el balcón sobre el mar, Valparaíso;

y la viviente joya de Santiago.

Chile me guarda su canción alegre
—¡ay, resbalosa!— para que no sufra
cuando me alejo de este mapa hermoso
desangrándome en su recuerdo.

XIX

Y bien, decid, decidme, geografías
inútiles, huecos cuadros estadísticos,
computadores de almas, ¿qué es todo esto?

El caminante surca, sobrevuela,
horizontes; mira encabritarse el suelo;
anota, pertinaz, en su agenda, el dato estricto.

Pero esto es mucho más.
De punta a punta
un solo, pleno, total, entendimiento,
una sola palabra a fuego y sangre
nos navega en el alma, lengua única.

Y el clamor resonante de unos versos.

XX

CONVOCO a los poetas a capítulo,
a cabildo abierto de voluntades sonoras.

Este que se adelanta sobre todos
suena a cítara de oro, y es Rubén Darío.

Estos que le acompañan, los conoces:
Leopoldo, el de las sonantes eles;

Amado Nervo, desmayado en música;

Santos Chocano, llameante y tierno;

José Martí, que es una hoguera viva;

Díaz Mirón, el restallar del látigo;

Gutiérrez Nájera, crótalo y misterio;

Julio Herrera Reissig es la sonrisa;

López Velarde, la ironía grave,
y Guillermo Valencia, el planisferio.

Ahora las voces de cristal: Gabriela,
la subterránea maternal ternura;

Alfonsina, del triste sentimiento;

Delmira, la fragante melodía;

Juana, el amor de carne y hueso.

Y más prójimos:
Pablo, o la materia cósmica;
que abarca el palpitar del universo;

y Nicolás Guillén que sabe a azúcar
y al dolor de los negros;

y Jorge Luis Borges, meditando
la alquimia y el misterio;

y Octavio Paz, que instala el mundo en el poema,

y todos, todos esos,
cuya música suena en la honda América
del puñal y del beso.

XXI

Y convoco, también, a los creadores
del alma de las muchedumbres:

Sarmiento, padre del argentino esfuerzo;

Varona, espíritu de la libertad de Cuba;

Justo Sierra, el maestro;

Rufino Cuervo, luz del idioma;

Hostos, fulgor puertorriqueño;

y aquellos, sí, aquellos
frailecitos mínimos de la sandalia y la estameña
a las lenguas difíciles de los pueblos
para sustituir sus teogonías
por los padrenuestros.

XXII

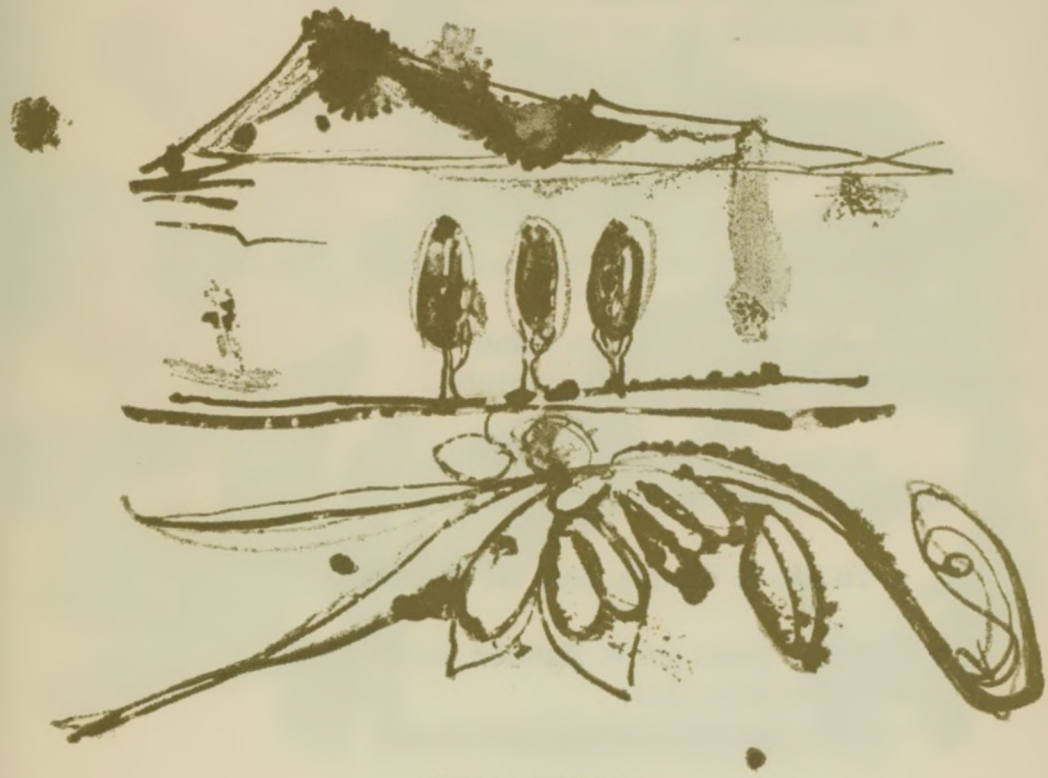
LAS cúpulas. Las cúpulas.
Miro por toda América el resplandor redondo,
la geometría perfecta de las cúpulas;

son el Renacimiento,
la perfección de Bernini y Miguel Angel,

la tradición de Roma, proyectada
sobre la selva hirsuta que no conoce normas;

la gran ordenación de las ciudades,
con Iglesia, Gobierno y Casa de Justicia
en la rectangular Plaza de Armas.

El orden antiguo y fiel, catapultado
en una proyección continental ya augusta.



XXIII

Y asciendo a las raíces. Como cuando
el Inca Garcilaso de la Vega
sintió en la sangre la llamada antigua
que le atraía a la romana Córdoba.

Busco en las gentes de esta geografía
la genealogía de sus sangres.

Estoy al borde de la sierra andina,
entre Mendoza y Potrerillos;
hablo
—es como una vieja terracota— con
un indio anciano que, en cuclillas, me observa:

—Sí, me dice, yo me llamo
Antonio Maldonado de Guevara...

Entro en la pulpería macilenta,
allá en el norte, junto al Titicaca:

—Yo soy de España, pues mi bisabuela...

Ahora paseo por el Malecón, bajo los flecos
de la mañana azul;
vivo en La Habana;

—Mi padre era soldado
llegó con el ejército de España...

¿Dónde empieza y termina el enhebrarse
de las sangres, el cruce de los nombres,
el ser distintos y, a la vez, hermanos?

XXIV

HAY que escuchar la voz de toda América.

Hay que auscultar la entraña del gigante, merodear por sus llagas, atender su herido corazón, su dealentada fatiga;

averiguar el hambre de pan de cada criatura,
y su sed de justicia;

devolver su dignidad a la herramienta
en la mano callosa,
y la abnegada voluntad de fuego
a un sacerdocio joven entregado
al sudor de las muchedumbres;

escrutar el alma dura de los Encomenderos
y hacerles devolver las monedas sucias de su codicia;

hay que restaurar el verdadero, desnudo, radical
[Jesucristo
en las conciencias desesperadas;

hay que decir al blanco y al mestizo y al mulato
su identidad de origen y de muerte;

hay que explicar al roto y al pelado
cómo son millonarios de derecho;

hay que anudar el Trópico y el Austro:

hay que decirle a los ecuatorianos
que son hermanos de los argentinos;
a los chilenos su fraternidad con los bolivianos;
a los mexicanos su fe en los guatemaltecos;
a los costarricenses su amor a los cubanos;
a los peruanos su necesidad de los panameños;

a los paraguayos su fe en los nicaragüenses;
a los colombianos los lazos que les atan
a Venezuela, y a los dominicanos su voluntad
amiga hacia los salvadoreños y a los uruguayos...

Hay que volver al sueño de Bolívar
y a la esperanza de Rubén Darío.

Mi amor a América me hace entregar este mensaje
como entrega su antorcha el corredor olímpico
antes de caer, desplomado, en el estadio.

Se acabó de imprimir este libro
el día 1 de febrero de 1969.

LAUS † DEO

Precio: 100 pesetas